

Artículo aparecido en EL NUEVO LUNES. En la segunda parte aparecen declaraciones sobre el proyecto Indalo de Emilio Iranzo.

Fechas: 28/3 de Enero de 1982 y del 11/17 Enero de 1982.

EN PORTADA

Aunque en una primera toma de contacto con el vicepresidente y director general de la JEN, Manuel López Rodríguez, éste no ha confirmado en su totalidad la existencia de isótopos radiactivos, fuentes de toda solvencia han asegurado a EL NUEVO LUNES que las muestras que periódicamente se toman en el campo de Palomares contienen material radiactivo, concretamente en el cementerio y sus alrededores, dentro del municipio de Vera.

Falta información

Si bien todo parece indicar que esta contaminación no ofrece peligrosidad, la JEN se ha comprometido a facilitar a este periódico toda la información contenida en el proyecto Indalo, que desde hace más de quince años tiene establecido un control de seguimiento radiactivo en la barriada de Palomares. EL NUEVO LUNES espera ofrecer la próxima semana la postura oficial sobre el asunto.

A pesar de los intentos vertiginosos por obtener de la Junta la más rápida y clara información posible a fin de ofrecérsela a nuestros lectores, este periódico se ha topado con una práctica habitual en los organismos, poco acostumbrados a relacionarse con los medios de comunicación. La opacidad informativa del servicio de información nuclear de la JEN tan sólo se ha visto contrarrestada por la buena disposición del alto staff de dicho organismo.

Por su parte, el portavoz oficial de la Embajada de Estados Unidos en España, y al ser preguntado sobre la existencia de radiactividad en Palomares, ha negado que ésta pueda afectar directamente a las personas.

Lo que no ha querido responder el representante norteamericano ha sido si existía, y en qué cuantía, dicha radiactividad. No hay que olvidar que el proyecto Indalo está dirigido por expertos de la JEN en colaboración con técnicos norteamericanos, y que la financiación (150.000 dólares anuales desde 1966) corresponde en su totalidad a capital del Gobierno de los Estados Unidos.

El hongo nuclear

Palomares es una barriada a caballo entre los municipios almerienses de Vera y Cuevas de la Almanzora. El 17 de enero de 1966 un bombardero B-52 de las Fuerzas Aéreas norteamericanas colisionaba en el aire con un avión nodriza KC-135 mientras este último intentaba suministrarle combustible en pleno vuelo. Producto de este choque, cuatro bombas con cabezas nucleares cayeron al suelo almeriense, con el consiguiente peligro de contaminación. Un testigo de aquel suceso relataba en su momento la visión del accidente: «En primer lugar se vio una nube blanca; después fue una densa nube de humo negro, y a continuación sonó una terrible explosión que hizo vibrar a todo el pueblo. Nada más caer los aparatos a tierra volvió a oírse una gran explosión, elevándose una columna de humo en forma de hongo, al igual que

EN Palomares (Almería) todavía persisten restos de radiactividad. Después de diecisiete años del accidente aéreo que esparció por suelo almeriense cuatro cabezas nucleares que eran transportadas por un bombardero norteamericano B-52 los equipos de investigación de la Junta de Energía Nuclear (JEN) continúan detectando niveles de contaminación radiactiva.

Aunque parece que no ofrece peligro

En Palomares colea la radiactividad (1)



Fraga y el embajador norteamericano se bañan para disipar temores

cuando estalla una bomba atómica.»

En los días inmediatos la Prensa apenas si se hizo eco de la peligrosidad que entrañaba el que cuatro ingenios (apelativo que se les daba a las bombas perdidas) andasen desperdigados en las cercanías de Palomares. La versión oficial era que se trataba de cuatro artefactos de compleja tecnología y que, por tanto, interesaban mucho al Gobierno estadounidense. Pero poco a poco la opinión pública se fue interesando por el enorme despliegue que el Ejército norteamericano había realizado en la zona. El campamento Wilson había tomado militarmente la zona de Palomares. La operación «flecha rota» había comenzado.

El martes 25 de enero de ese año se había reconocido médicamente a más de mil personas, y se había recomendado a la población que quemase todo tipo de ropas exteriores y calzado. A partir de entonces una media de 250 personas diarias eran reconocidas por los equipos médicos llegados a la zona. El Gobierno fue incapaz de sustraerse al hecho de que el material nuclear contenido en las bombas podía poner en peligro a la población. [En Palomares había peligro de radiactividad]

La «duquesa roja»

Tras encontrarse tres bombas en tierra firme, quedaba una por descubrir. Posiblemente habría ido a caer en cualquier punto mar adentro. A partir de este momento periodistas de casi todo el mundo afluyeron a informar puntualmente desde el lugar de

la noticia. Una de las personas que allí se acercaron, y que como consecuencia de su visita estuvo encarcelada durante un año, fue Isabel Alvarez de Toledo, duquesa de Medinasiona (conocida por el apelativo de la «duquesa roja»). Ella nos cuenta así su intervención: «Me acerqué a Palomares, ya que por aquella época estaba escribiendo un libro titulado "La base" y que hacía clara referencia a la presencia norteamericana en Rota. Pensé que el suceso de Palomares podría servirme de experiencia para alimentar el contenido de mi libro. Una vez allí, y ante las maniobras dilatorias por parte de la Administración para reparar los daños a los perjudicados en su totalidad, me encargué de representar los intereses de los vecinos de Palomares. Ni que decir tiene que estuve sometida a todo tipo de presiones. Hasta el gobernador civil y el comandante español encargado de la vigilancia llegaron a decirme que abandonase el pueblo. Como consecuencia de organizar una marcha —que luego fue prohibida— de damnificados hacia Madrid, fui juzgada por el Tribunal de Orden Público y doce meses más tarde me encarcelaron durante un año.»

Entre tanto, las tropas norteamericanas habían levantado medio metro de tierra de la zona afectada (6.000 toneladas), y una vez acondicionada en barriles fue transportada a un lugar desconocido. Tan sólo permaneció sin levantar el trozo de terreno correspondiente al cementerio de la localidad. El respeto a los muertos impidió que se profanasen sus tumbas, y

punto estos niveles pueden ser perjudiciales para las personas y hasta qué punto se puede estar expuesto a la contaminación nuclear. Urge una respuesta a un hecho que todavía colea después de diecisiete años.

El baño de Fraga

Sin embargo, al que no pareció importarle demasiado en aquellos años la contaminación radiactiva fue al por aquel entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, quien en compañía del embajador norteamericano, Angier Biddle Duke, se bañó durante siete minutos en las presumiblemente contaminadas aguas del Mediterráneo. El baño de Fraga causó sensación en la Prensa nacional y a juicio de muchos sirvió para disipar falsos temores. Lo cierto es que Fraga y su séquito llegaron a Palomares derrochando triunfalismo e inaugurando el parador nacional de rigor. Los titulares de la Prensa almeriense recogen fielmente el espíritu con que arribó el ministro: «El Gobierno está orgulloso de vuestra conducta.»

Tampoco el contenido del discurso, calificado de vibrante por la Prensa local, estuvo exento de palabras convincentes que devolviesen la tranquilidad a un pueblo preocupado: «El formar parte de la gran alianza occidental que defiende el mundo libre, y dentro del cual es clave la paz en que vivimos, impone algunos riesgos moderados, con los cuales hemos de cargar y los cuales son perfectamente normales si los comparamos con los que correríamos si estuviésemos indefensos frente al peligro que nos amenaza.»

Unos días más tarde, el 18 de marzo, y gracias a las indicaciones de un pescador, dos submarinos de «bolsillo», el «Alvin» y el «Aluminate», rescataban la cuarta cabeza nuclear. Los americanos levantaron el campamento y en cuestión de horas nadie quedaba en Palomares: tan sólo la radiactividad.

LUIS DIAZ GÜELL

(Continuará el próximo lunes)